

# 1. INTRODUCCIÓN. ¿QUÉ ES LA LITERATURA?

## 1.1. LA LITERATURA Y LA FILOSOFÍA COMO PRÁCTICAS LINGÜÍSTICAS

“Ser o no ser, esa es la cuestión”.

William Shakespeare, *Hamlet*, acto 3, escena 1

La relación entre la literatura y la filosofía no es definible. Esto se debe a que tanto la literatura como la filosofía, relacionadas a sus tradiciones como prácticas histórico-culturales, carecen de una definición propia. ¿Se diferencian como disciplinas científicas o prácticas artísticas? ¿Son formas o modos diferentes de usar el lenguaje? ¿Son expresiones distintas de la experiencia vital de los seres humanos? El instrumento autorreferencial, que la literatura y la filosofía reclaman y utilizan en cada acto de ensamblar conjuntos significantes, es el mismo lenguaje. Las palabras son los cuerpos del pensamiento literario y filosófico; forman el vínculo entre las prácticas de escritura y lectura (crítica). Además, la literatura y la filosofía —y las teorías que las relacionan— son las únicas prácticas humanas que, en principio, solo tienen el lenguaje como medio de actuación. Son maneras autorreflexivas de tratar el lenguaje. Al mismo tiempo, son disciplinas que nunca empiezan; se refieren a textos o discursos que se han producido anteriormente. Por estas razones se puede considerar, como el autor de la *Cambridge Introduction to Literature and Philosophy*, que la relación general entre estas estructuras indefinibles y cambiantes es un “dilema irresoluble”.<sup>1</sup>

De manera intuitiva, sin embargo, la diferencia entre la literatura y la filosofía, en cuanto prácticas lingüísticas particulares, parece comprensible. Desde que empezó la cultura grecolatina, en la cual ambas disciplinas tuvie-

---

<sup>1</sup> “We find ourselves in a quandary with virtually any attempt to approach the relations between literature and philosophy by establishing watertight definitions” (Cascardi 2014, p. 2).

ron un papel fundamental y persistente, surgió la necesidad de su diferenciación. Platón, el fundador de la ontología, tenía una idea clara sobre la ‘poesía’ cuando la opuso a la ‘filosofía’ alegando que existe, ya desde tiempos inmemoriales, una “desavenencia”<sup>2</sup> entre ellas. Hasta hoy en día, 2.400 años después de Platón, no se puede negar racionalmente, a pesar de las multitudes de herramientas dialécticas que existen en la posmodernidad, la existencia de ciertos textos que son claramente literarios —independientemente de su género particular (epopeya, drama, poema, novela, cuento etc.)— y de otros que son indudablemente filosóficos, independientemente de la especificación de su interés entre la teoría (ontológica, metafísica, positivista, pragmática etc.) y la fenomenología práctica de su asunto (ético, social, antropológico, político etc.). Esta constatación vale para todas las épocas.

Probemos la hipótesis. Pretendo que es innegable atribuir los siguientes textos al campo general de la ‘filosofía’, englobando las especificaciones: la *República* de Platón, la *Metafísica* de Aristóteles, la *Consolación de la filosofía* de Boecio, el *Tratado del primer principio* de Juan Duns Escoto, el *Discurso sobre la dignidad del hombre* de Giovanni Pico della Mirandola, el *Novum organum* de Francis Bacon, el *Discurso del método* de René Descartes, la *Ética* de Spinoza, la *Crítica de la razón pura* de Immanuel Kant, la *Fenomenología del espíritu* de G.W. F. Hegel, el *Tractatus logico-philosophicus* de Ludwig Wittgenstein, *Ser y tiempo* de Martin Heidegger, la *Crítica de la razón dialéctica* de Jean-Paul Sartre, los *Papeles lógico-lingüísticos* de Peter Strawson, *Après la finitude* de Quentin Meillassoux, *Voir Hélène en toute femme: d’Homère à Lacan* de Barbara Cassin.

De igual manera, pretendo que es innegable atribuir los siguientes textos al campo general de la ‘literatura’, englobando las diferenciaciones genéricas: la *Iliada* de Homero, el *Himno en honor a Afrodita* de Safo, el *Agamenón* de Esquilo, *Las nubes* de Aristófanes, *Las metamorfosis* de Ovidio, los *Diálogos de los dioses* de Luciano, el *Cantar de Roldán*, la *Divina Comedia* de Dante, la *Historia de la vida del Buscón* de Quevedo, *El misántropo* de Molière, *La princesa de Cléveris* de Madame de La Fayette, el *Candide* de Voltaire, *Tris-*

---

<sup>2</sup> Platón, *República* 607b. En la época griega, ‘poesía’ era el término general que incluía a todos los géneros de la producción literaria —epopeya, canto, poema lírico, prosa satírica—, con excepción del drama, la tragedia y la comedia, que se consideraba un arte de actuación.

*tram Shandy* de Laurence Sterne, el *Hiperión* de Hölderlin, *Un coup de dés* de Stéphane Mallarmé, *Prufrock and Other Observations* de T. S. Eliot, *À la recherche du temps perdu* de Marcel Proust, *El Aleph* de Jorge Luis Borges, *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez.

La literatura y la filosofía son prácticas lingüísticas *exclusivas*, que existen y suelen ser diferenciadas en materias, disciplinas o ‘discursos’<sup>3</sup>, aunque no podemos saber en qué consisten las diferencias exactas entre ellas. La superposición discursiva —la transgresión de los límites modales, disciplinarios y epistemológicos— entre la literatura y la filosofía se puede observar a partir de ambas perspectivas. ¿Hasta qué momento, por ejemplo, una idea o un argumento que se encuentra en un texto genéricamente filosófico sigue siendo filosófico si se expresa por medio de unas técnicas lingüísticas más genuinamente literarias? Se puede plantear la cuestión, desarrollada según las épocas, tanto con relación a los mitos de Platón como en lo referente a los apotegmas de Plutarco, los ejemplos alegóricos de Bacon, al cuento autobiográfico de Descartes o a los juegos de palabras a base de neologismos que presenta Heidegger. Por otra parte, ¿en qué momento el trabajo poético de “ahondar el verso” (*creuser le vers*)<sup>4</sup> o el de reflejar los límites narratológicos de un mundo ficcional, en prosa, dejan de ser literarios si se dedican a describir la arquitectura trascendental del infierno, como Virgilio o Dante, satirizar una doctrina metafísica vigente, como Voltaire o Sterne, o pensar el ser absoluto del lenguaje, como Mallarmé y Proust?

Se puede seguir jugando, casi al infinito, el juego dialéctico de las fronteras entre la literatura y la filosofía. Partiendo de la hipótesis de que unos textos destacados pertenecen al grupo literario, ¿en qué sentido se puede negar que, al mismo tiempo, se destacan por un cierto pensamiento filosófico? Hay estudios notorios de ciencia literaria y de filosofía que analizan la “fenomenología” de *Tirante el Blanco* (Joanot Martorell) o *La nave de los necios* (Sebastian Brant), la “ética” de *Don Quijote* (Cervantes) o de *Hamlet* (Shakespeare), la “teología social” de *El paraíso perdido* (Milton) o de *La vida es sueño* (Calderón), la “sociología” de *Michael Kohlhaas* (Heinrich von

<sup>3</sup> Foucault 1969, pp. 31-43.

<sup>4</sup> Mallarmé: Carta a Cazalis, abril de 1866, *Correspondances*, vol. 1, p. 207. Si la proveniencia no está indicada, la traducción es mía.

Kleist) o de *Crimen y castigo* (Fiódor Dostoyevski), la “sicología” de *Al faro* (Virginia Woolf) o de *La montaña mágica* (Thomas Mann), la “epistemología” de *Final de partida* (Samuel Beckett). Igualmente, en todas las épocas resaltan lecturas de obras literarias efectuadas por filósofos: Aristóteles leyendo a Sófocles, Macrobio a Virgilio, Ficino a Dante, Hegel a Goethe, Deleuze y Guattari a Kafka, Martha Nussbaum a Henry James. Al mismo tiempo, se debe constatar que persiste una exigencia disciplinar por parte de la filosofía (del lenguaje) de atribuir los pensamientos literarios, por grandes o culturalmente importantes que sean, al reino de la ‘ficción’ y no reconocerlos como reflexiones filosóficas en el ‘sentido propio’ de una forma científica de conocimiento.

Existe solamente una “semejanza familiar” (*Familienähnlichkeit*)<sup>5</sup> entre la filosofía y la literatura, una similitud e interrelación discursiva comprensibles y concebibles, pero indefinibles. Sin embargo, esta semejanza ha sido perceptible en todas las épocas en las que cada una de las prácticas lingüísticas fue llevada a cuestionarse frente a la otra. A partir del siglo de la Ilustración —la gran era de la filosofía moderna, la autorreflexión crítica de Leibniz y de Hume, y el descubrimiento del ‘sujeto trascendental’ (Kant)—, los procesos de formación e institucionalización de la literatura y la filosofía —como disciplinas científicas que eran centrales en las reformas de las universidades del siglo XIX, durante la cual se transformaron en ‘ciencias humanas’— siempre han encontrado unos puntos de culminación teórica y práctica cuando el catálogo de los conceptos o las necesidades epistemológicas de autorreflexión de la una se acercaron a la otra. Es un principio general que se puede observar hasta la época moderna y posmoderna.

Cuando la disciplina de la ‘teoría literaria’<sup>6</sup>, en el trascurso del siglo XIX al XX, se impuso como tercer elemento del triángulo, frente a la creación literaria y las ciencias de la literatura, la filosofía —que en este momento hizo su paso decisivo, vigente hasta hoy en día, hacia la filosofía analítica— seguía siendo la ciencia antagonista predilecta para la literatura, a pesar de todas las relaciones interdisciplinarias con las ciencias naturales (la lingüística, la antropología, la geografía) o las humanidades (la sociología, la psicológica, las

---

<sup>5</sup> Wittgenstein 2009, p. 227.

<sup>6</sup> Wellek/Warren 1948.

ciencias políticas etc.) que posibilitó el siglo xx. En la década de 1970, los escritos de teoría crítica de Maurice Blanchot, a partir de la literatura, o de Jacques Derrida, a partir de la filosofía, reivindicados por ambas disciplinas, se convirtieron en los modelos para la Theory<sup>7</sup> norteamericana. Esta teoría, que se autodenomina como tal, sin especificación, quiere posicionarse, al mismo tiempo, frente a la práctica poética y a la filosofía —en cuanto sistemas autónomas y autosuficientes—, para “dejar llevarse por el flujo lingüístico de la existencia”, sin tener que partir de “sistemas ideológicos” o “terminologías fijas”.<sup>8</sup>

La gran dificultad sistemática de una consideración diacrónica de las relaciones entre la literatura y la filosofía y sus teorizaciones consiste en la variedad de los conceptos, las visiones del mundo y las posibilidades sociales, religiosas o políticas, en el contexto de los cuales se determinaron, dentro de las diferentes épocas, las mismas nociones de ‘filosofía’ y de ‘literatura’ —o de ‘poesía’, antes del siglo xviii—. <sup>9</sup> En la Antigüedad, el antagonismo parecía marcado durante mucho tiempo y tenía impactos fuertes. Platón quiso excluir a los poetas de su ciudad ideal, proyectada en la *República*, y entregar a los filósofos la tarea de educar a los líderes políticos. En la época latina clásica, de Cicerón a Quintiliano, por el contrario, hubo un tiempo en que la retórica —que se emancipó de la sofística— era una ciencia política de Estado, en detrimento de la filosofía griega (platónica y aristotélica). Al mismo tiempo, la diferencia de hecho, que existe históricamente, aunque teóricamente solo sea concebible de manera intuitiva, nos permite resaltar dos movimientos de principio dentro de una praxis interdisciplinaria histórica e insistente, que conoce acontecimientos culminantes en ciertas eras —como el Renacimiento, el Siglo de las Luces, la Modernidad— y fenómenos de decadencia en otras. Un movimiento

---

<sup>7</sup> De Man 1986, Jameson 1988, Freedman/Miller 1992. Cf. Callus/Corby/Lauri-Lucente 2013.

<sup>8</sup> Jameson 2009, pp. 9 y 59. Cf. Zalloua 2018, pp. 9-12.

<sup>9</sup> La diferencia entre la ‘literariedad’ y la ‘poeticidad’ es primeramente histórica. En la Antigüedad y la Edad Media, el término general, que abarcaba todos los géneros de la escritura artística, era ‘poesía’; en la época moderna, a partir del siglo xviii, se impone el término ‘literatura’. El pensamiento literario y el pensamiento poético, si la diferencia se hace, en la Modernidad, beben en la misma fuente.

va desde la filosofía hacia la literatura y el otro, desde la literatura hacia la filosofía.

En el siglo xvii, los primeros tratados modernos ‘sobre la poesía’, como el *Art poétique* de Nicolas Boileau (1674), fueron escritos en verso, igual que su modelo antiguo, el *Arte poética* de Horacio. Se pensaba que solo en lenguaje poético se podía escribir sobre poesía. La estética del siglo xviii, ciencia fundamental del movimiento de la Ilustración, pensaba lo mismo sobre la novela, recién proclamada género mayor de la literatura: “Una teoría de la novela debería ser, ella misma, una novela”.<sup>10</sup> Gaspar Melchor de Jovellanos, Denis Diderot y Johann Wolfgang von Goethe —que incorporan en sus épocas y mundos lingüísticos respectivos una mezcla perfecta e indistinguible entre la función autorial de poeta, de literato teórico y de filósofo— surgieron unas pautas modernas mayores, vigentes hasta el esteticismo del siglo xix y más allá, para pensar el ser humano y su vida social *a través de* las posibilidades artísticas de su lenguaje. En el siglo xx, surgen obras que siguen este camino —como *Filosofía y poesía* de María Zambrano (1939), *Thomas l’obscur* de Maurice Blanchot (1941) o las *Ficciones* de Borges (1944)— y orientan su investigación lingüística ‘sobre el lenguaje’ hacia una *indiscernibilidad* de principio entre la investigación filosófica y la creación literaria.

La disciplina de la filosofía, por su parte, que hasta el siglo xxi resistió de manera intuitiva e institucional frente a su diseminación disciplinar, nunca ha excluido por principio —con excepción de ciertas tendencias positivistas radicales— que un tratamiento de cuestiones filosóficas buscara formas literarias (estilísticas, tropológicas, narratológicas, dramáticas) para reflejar su objeto y su medio de investigación. Platón escribió ‘diálogos’; Epicuro, ‘cartas’; Agustín, ‘confesiones’; Duns Escoto, ‘cuestiones’; Montaigne, ‘ensayos’; Descartes, ‘meditaciones’; y Lichtenberg, ‘aforismos’. En el siglo xix, con Friedrich Nietzsche, nació una tradición ‘filológica’ de la filosofía que busca intencionalmente apoderarse de todos los recursos del lenguaje poético para formar las ideas filosóficas. ¿Cómo entender *filosóficamente* las metáforas, las imágenes religiosas y las narraciones míticas de un libro como *Así habló Zaratustra*, que presenta su pensamiento en forma de una novela poética, ins-

---

<sup>10</sup> “Gespräch über Poesie”, Schlegel 1967, p. 337 (“Eine Theorie des Romans würde selbst ein Roman sein müssen”).

pirada en el antiguo género de la epopeya, cuya forma estética va, conforme a la idea principal de una “revalorización de todos los valores”,<sup>11</sup> dirigida contra la filosofía académica?

Se pueden extender las preguntas en relación a la consistencia de los límites discursivos. ¿Cómo distinguir, dentro de un texto de Heidegger como *Unterwegs zur Sprache (De camino al habla)*, entre el fin de la interpretación del poema “Una noche de invierno” de Georg Trakl y el comienzo de la investigación hermenéutica sobre la esencia ontológica del lenguaje poético que “nos habla de los lugares del mundo”?<sup>12</sup> ¿En qué género encasillar las búsquedas metafísicas —sin lugar de fondo— sobre la ‘alquimia verbal’ del ‘cosmos’, que presenta Valéry en *Agathe* y *La Jeune Parque* —y con qué derecho diferenciarlos de sus tratados y conferencias sobre la teoría del arte poética? Es difícil ubicar las interpretaciones de la “poesía de Platón” que Derrida lleva a cabo en *La diseminación* y relacionarlas con los ensayos ‘hantológicos’ del mismo autor sobre la fenomenología del poder lingüístico en *El monolingüismo del otro*.<sup>13</sup> ¿Parece exagerado considerar la filosofía como un “género literario particular”?<sup>14</sup> ¿Qué decir de un discurso —Michel Foucault leyendo a Raymond Roussel, por ejemplo— que considera la literatura como una “materia de la filosofía”?<sup>15</sup> Los ejemplos contradictorios lo demuestran: de manera sistemática, parece imposible trazar la línea exacta a partir de la cual una expresión lingüística deja de ser un medio u ornamento de un argumento para después consistir en la idea misma.

En el siglo xx, con el surgimiento de una ‘hermenéutica general’,<sup>16</sup> se desarrolla la idea de que la filosofía y la literatura son maneras lingüísticas de pensar comparables, sin ser distinguibles formalmente. Ocurrió una “nivelación de la diferencia genérica entre la filosofía y la literatura”,<sup>17</sup> criti-

---

<sup>11</sup> *La genealogía de la moral*, Nietzsche 1988, pp. 266-268 (Nietzsche 1972, pp. 55-57).

<sup>12</sup> Heidegger 1997, pp. 23 y 38.

<sup>13</sup> Derrida 1996.

<sup>14</sup> “*Qual Quelle*. Les sources de Valéry”, Derrida 1972, pp. 346-348.

<sup>15</sup> “Foucault, lector de Roussel: la literatura como filosofía”, Macherey 2003, pp. 255-274.

<sup>16</sup> Gadamer 1990, p. 270.

<sup>17</sup> “Exkurs zur Einebnung des Gattungsunterschieds zwischen Philosophie und Literatur”, Habermas 1985, pp. 219-247. Es una posición crítica para defender el racionalismo y la práctica comunicativa contra el método de la ‘deconstrucción’ de Derrida.

cada vehementemente en ciertos departamentos de filosofía. La diferenciación entre las ‘ciencias humanas’, sin embargo, que sigue efectuándose en la práctica académica de las universidades europeas y americanas, dio lugar a una “jerarquización implícita”<sup>18</sup> entre las facultades que va en favor de la filosofía. Dentro de las academias del siglo xx, sobre todo las filosóficas, se ha institucionalizado la presuposición, compartida por el sentido común, de que el tratamiento filosófico del lenguaje debe tomarse más ‘en serio’ que un tratamiento literario por el rigor formal de la argumentación y el esfuerzo intelectual superior del científico, en comparación con el artista, cuya obra necesita explicación.<sup>19</sup> La presuposición hermenéutica en la ‘interpretación’ de un texto literario —y a posteriori toda teoría literaria que dé cuenta de la significación de un texto— se enfrenta a una descualificación científica. El trabajo literario, ya sea teórico o práctico, suele no cualificarse científicamente si no puede explicitar su filosofía.<sup>20</sup>

Siguiendo este modelo occidental de la división de las materias universitarias, nos hemos acostumbrado al hecho de que se atribuyen claramente las competencias. Actuamos como si hubiera dos lugares de escritura distinguibles, uno fuera de las academias, donde se escriben y se leen los textos literarios, y otro, más especializado, donde estos textos son explicados, según los intereses particulares de comprensión de las ciencias correspondientes. El problema de esta separación académica consiste en el hecho de que no se corresponde con la práctica. Hay momentos de contigüidad e interdependencia discursivas que persisten entre los diferentes procedimientos de crear conceptos por o en el lenguaje.<sup>21</sup> Por un lado, el pensamiento filosófico

---

<sup>18</sup> Sabot 2002, p. 6.

<sup>19</sup> Así se estableció, en los departamentos de literatura y no menos que en los de filosofía, una diferencia de orden epistemológico: si la literatura es una praxis artística cuya teoría está implícita, le incumbe a la teoría, basada en la filosofía, explicitar su sentido.

<sup>20</sup> Estos límites sirven también para las evaluaciones dentro del campo de la filosofía. Los filósofos que no se someten a una ‘realidad facticia’, dura y científica, se (auto)excluyen como “políticos utópicos” o “artistas creativos” (“The Contingency of Language”, Rorty 1989, pp. 3-4).

<sup>21</sup> Gadamer (1990, pp. 387-409) especifica la cuestión hermenéutica de la “lingüística como condición determinante de la comprensión” (“Sprachlichkeit als Bestimmung des hermeneutischen Vollzugs”) con relación a la literariedad (o poeticidad) del lenguaje usado en un texto.

puede ser considerado, a través de la transmisión textual, como una ‘forma literaria’,<sup>22</sup> como es el caso en cierta tradición filosófica, desde Platón hasta Nietzsche y Heidegger, cuyo trabajo investigativo se basa en la función poética del lenguaje ontológico.<sup>23</sup> Por otro lado, existe un método de la interpretación hermenéutica de la literatura que plantea la cuestión fundamental de saber en qué manera los textos literarios ‘se piensan’<sup>24</sup> por sí mismos.

Según el punto de vista jerárquico, un texto filosófico se distingue de un texto literario en la medida en que se basa en un conjunto riguroso de argumentos coherentes y sistematizables que son comprensibles sin necesidad de recurrir a un tipo de lenguaje específico. Más allá de la imposibilidad lógica de un ‘lenguaje ideal’, bien construida a partir del ‘lenguaje normal’, tan soñado por los analíticos, el lenguaje filosófico goza de una gran libertad lingüística. Innegablemente puede adoptar tonos tan diferentes como el del “orador político”, el del “poema” o el de “la cientificidad estricta de las demostraciones matemáticas”.<sup>25</sup> En el primer plano de un texto filosófico está la idea, inscrita en un contexto epistemológico; y en el segundo, el lenguaje como medio de su expresión. El texto literario, en cambio, se caracteriza por la cualidad particular de un estilo lingüístico que se vuelve coherente sin necesidad de recurso a un tipo de argumentación específica. En el primer plano está la ‘literariedad’ (*littérarité*) del lenguaje —“lo que hace que un mensaje verbal sea una obra de arte”—<sup>26</sup>, y solo en el segundo viene el mundo, la idea o la sensación como materia de ejercicio (de aplicación o de extrapolación) del arte lingüístico.

---

<sup>22</sup> Gabriel 1991, p. 202. Cf. Gabriel/Schildknecht 1990. La cuestión epistemológica consiste, entonces, en el problema de saber “si la filosofía puede convertirse en literatura y al mismo tiempo seguir siendo conocimiento” (Cavell 1979, p. 496). Cf. Rudrum 2013, pp. 11-15.

<sup>23</sup> Cf. “Ontología y poesía en Nietzsche”, Beuchot 2013, pp. 23-46; “Poesía y metafísica en Heidegger”, Beuchot 2013, pp. 47-63.

<sup>24</sup> Macherey 2003; Badiou 2014, pp. 23-35. Para marcar esta diferencia, propongo distinguir entre la ‘filosofía de la literatura’, que se establece a partir del discurso de la filosofía, y el ‘pensamiento literario’, que se establece a partir de una comunicación literaria.

<sup>25</sup> Badiou 2017, pp. 120-121. Sobre la libertad discursiva de la filosofía, cf. Belaval 1952, pp. 26-34; Belaval 1976. Sobre la naciente conciencia sobre la importancia del ‘estilo’ en filosofía, Lang 1990.

<sup>26</sup> “Lingüística y poética”, Jakobson 1975, p. 348; Jakobson 1987, p. 63. Cf. Attridge 2004, pp. 5-7.

El argumento de la distinción de principio ha sido adoptado, también, con el propósito de convertir la jerarquía, desde una perspectiva literaria. Hubo tendencias esteticistas de la crítica literaria, por ejemplo, que provenían del movimiento francés *l'art pour l'art*, a mediados del siglo XIX, y que sostenían la idea de que las formas de 'literatura de ideas' —como las 'novela de tesis' (*romans à thèse*)— insisten demasiado en el aspecto argumentativo de su concepción artística y pierden su calidad estética por su proximidad al estilo del tratado filosófico.<sup>27</sup> Como héroe del esteticismo, en este sentido de una idea pura del lenguaje poético —vigente también para un novelista de prosa como Proust—, fue proclamado el poeta simbolista y 'filósofo de la poesía' Mallarmé. La explicación célebre de Mallarmé sobre la posibilidad de una didáctica de la poesía resultó ser entendida como contrapunto al mismo concepto de la idea filosófica: "Un poema no se hace con ideas, sino con palabras".<sup>28</sup> De estos ejemplos se puede retener el hecho histórico de que, incluso en las épocas de interrelación o de 'nivelación de la diferencia genérica' entre la filosofía y la literatura, siempre se ha mantenido, hasta en los movimientos de la una hacia la otra, un anhelo de distinción por ambas partes.

Técnicamente, la mayoría de las reservas epistemológicas frente a la literatura propuestas por la filosofía analítica del siglo XX respecto a la 'verdad', la 'referencialidad', la 'objetividad', la 'posibilidad', el 'valor', la 'confidencialidad', la 'responsabilidad', la 'seriedad', el 'conocimiento' (etc.) de un mundo ficticio creado por un lenguaje literario —en comparación con el mundo real designado por un lenguaje normal (sin especificación estilística)— se refieren a una separación pragmática fundamental entre dos 'actos de habla' (*speech acts*).<sup>29</sup> Se resalta una diferencia de cualidad o de modalidad comunicacional, que se desarrolla según los criterios particulares de las diferentes ramas de la filosofía del lenguaje. Se sostiene, por ejemplo, que los textos literarios presentan significados (por interpretar) e imaginaciones, mientras que los textos filosóficos (serios, científicos) presentan hechos y

---

<sup>27</sup> Una novela con teoría demasiado obvia se compara a un objeto en el que se deja la marca del precio. Cf. Proust (1922), *Le temps retrouvé*, ARTP IV, p. 461.

<sup>28</sup> "Ce n'est pas avec des idées qu'on fait des vers, c'est avec des mots" (Mallarmé, Comunicación a Edgar Degas, cit. en Valéry 1957, t. 1, p. 784).

<sup>29</sup> "The Logical Status of Fictional Discourse", Searle 1979, pp. 58-75. El concepto viene de Austin 1975.

conocimientos; que un texto literario narra o alude en vez de demostrar su contenido; que pone en escena a protagonistas ficticios y no históricos; que inventa un mundo, en vez de describir o analizar el que existe; que busca el afecto y la sensación, y no la cognición del lector; que no es necesario, sino especulativo; que pretende actuar ‘como si’ (*als ob*); que busca la copia, en vez del ser mismo, etc.<sup>30</sup>

Sin embargo, ¿con qué argumentos estrictos se puede sostener que un texto literario no presenta asuntos coherentes y sistematizables, verdaderos e importantes, aunque recurra a cierto tipo de lenguaje específico que supuestamente, en ciertos aspectos, precede a la idea? Aunque el arte literario, poético o dramático fuera solo un juego mimético, eso no quiere decir que sea poco serio. Conocemos los orígenes sagrados de la tragedia antigua. Sabemos, gracias a la ciencia de la antropología, que, aún más atrás en el tiempo, el *juego* y la *imitación* desempeñaron un papel fundamental en la formación de la civilización humana y que el arte —la pintura y el viejo poema— nos transmite las fuentes más antiguas de estos procesos.<sup>31</sup> En el siglo xx, la Escuela de Constanza resaltó esta dimensión antropológica de la poesía. Para Wolfgang Iser, anglista y filósofo de la literatura, la literatura era y sigue siendo, en todos los tiempos, un instrumento privilegiado para la ‘autorrealización’ del ser humano. Da una forma primordial para el “impulso humano hacia la objetivación y la transgresión” y se despliega históricamente dentro de una “triada de lo real, lo ficticio y lo imaginario”.<sup>32</sup> En este contexto antropológico, Iser desarrolla un concepto de ficción, también, en cuanto

---

<sup>30</sup> En esta perspectiva, habría dos modos diferentes de cognición con referencia a la forma de representar ideas por el lenguaje: un modo ‘proposicional’ directo, científico y argumentativo de la filosofía y un modo ‘no-proposicional’ indirecto, artístico y alusivo de la literatura. Cf. Schildknecht 1990, pp. 14-15.

<sup>31</sup> Esto ya lo sabía Aristóteles: “El imitar, en efecto, es connatural al hombre [...] por la imitación adquiere sus primeros conocimientos” (*Poética* 1448b). Sobre el papel del ‘juego’, cf. Huizinga 2012. Sobre el de la ‘mimesis’, cf. Benjamin, “Über Sprache überhaupt und über die Sprache des Menschen”, 1991, t. 2, pp. 140-157 (“Über das mimetische Vermögen”, pp. 210-213).

<sup>32</sup> “In der Kunst geschieht eine Selbstausslegung des Menschen [...]. Literatur erlaubt die Plastizität des Menschen zu formen [...]. Sie indiziert einen Drang zur Vergegenständlichung [...]. Ihre Ausfächerung ist ein Spiegel für ein ständiges Sich-selbst-Überschreiten des Menschen” (Iser 1991, pp. 18-51).

acto de habla específico, que posee capacidades y modalidades particulares de ‘cognición’.<sup>33</sup>

Hoy en día, cincuenta años después del apogeo de la ‘filosofía de la mente’ norteamericana, la mayoría de los pensadores de la literatura que pasan las fronteras lingüísticas de la filosofía analítica radical comparte el acuerdo sobre el hecho de que la literatura es capaz de contribuir, a su manera, a la formación del mundo de los conocimientos. Para muchos pensadores contemporáneos —Pablo Lazo Briones o Jean-Luc Nancy, por ejemplo—,<sup>34</sup> el momento propio de la cognición literaria, que da lugar a un hecho serio de conocimiento, consiste en el acto de la *escritura*.<sup>35</sup> El acontecimiento de la cognición literaria se efectúa en el momento preciso en que una idea abstracta se concretiza —o ‘se instancia’—<sup>36</sup> por el proceso de ser escrita. De esta manera, el concepto de la escritura como medio fundamental del pensamiento, que desempeña un papel central en la teoría literaria de Roland Barthes,<sup>37</sup> por ejemplo, se convierte en uno de los pilares del pensamiento moderno de la literatura, que resume las diferencias genéricas de su producción. Da el sentido ‘literal’ de la ‘literatura’: un conjunto general de ‘letras’, incluyendo el acto de leer y escribirlas.

En la filosofía, nadie menos que Wittgenstein, el gran representante de la filosofía analítica, confirma el papel fundamental del acto de la escritura

---

<sup>33</sup> Iser 1991, pp. 282-291. Toma el concepto de cognición (*Erkennen*) de Ingarden 1968. Sobre la ‘lógica de la literatura’, en cuanto ‘forma de cognición’ (*Erkenntnisform*) particular, en oposición a las lógicas de la filosofía y de la ciencia, cf. Gabriel 1991, pp. 2-18; López de la Vieja 1994, pp. 57-72; Gabriel 1996. Un estudio más reciente, Mikkonen 2021.

<sup>34</sup> Lazo Briones 2006, Nancy 2018.

<sup>35</sup> El ‘acto de habla’ en el sentido lógico (pragmático) de la relación fundamental entre una palabra (o una proposición) y su objeto, no cambia su función si se expresa por medio de la escritura. La “mímesis fónica” equivale —en un sentido ontológico estricto— a la “mímesis gráfica” (Genette 1976, p. 71).

<sup>36</sup> “Reference and ‘About’”, Lamarque/Olson 1994, p. 113. En el momento de la instanciación, en cuanto escena de escritura, se puede ubicar el ‘vacío ontológico’ (Badiou 1999, pp. 67-74) de la página en blanco.

<sup>37</sup> Barthes 1966, 1972, 1973. La idea hermenéutica del medio de la escritura consiste en la condición de posibilidad material para la extensión de los horizontes de expectativa en el tiempo. Cuando muere la memoria, se necesita el texto. Cf. Gadamer 1990, pp. 165-169, pp. 296-297.

en el proceso de la transformación de las ideas en pensamientos, que son, para él, las “figuras lógicas de los hechos” y poseen, entonces, la forma de unas “proposiciones con significado”.<sup>38</sup> El laborioso trabajo de ‘formulación’ de los pensamientos, particularmente en las *Investigaciones filosóficas*, que Wittgenstein no publicó antes de morir en 1951, tiene un peso existencial comparable al trabajo de la “esgrima fantástica”<sup>39</sup> que ejercía el poeta Charles Baudelaire con los azares de la rima. Para Wittgenstein, “la tarea de escribir debe ser literaria para que se cumpla la tarea filosófica esbozada”.<sup>40</sup> En teoría, “la filosofía solo se debería escribir como composición poética”.<sup>41</sup>

No se puede negar, tampoco, que existen fuerzas propias del lenguaje que se desarrollan, intensifican o debilitan a través de la historia de los conceptos. La metáfora, por ejemplo, que es, ha sido y sigue siendo el recurso estilístico clave de la poesía, puede considerarse —por su relación fundamental de ‘transferencia’ entre un objeto y su significación— como “elemento constitutivo de la lengua filosófica”.<sup>42</sup> Por esta razón, hay filósofos (continentales, incluso ontólogos) que resaltaron el ‘lenguaje en general’ como objeto primordial de la filosofía y orientaron su interés hacia sus estados más elaborados, que se encuentran supuestamente en ciertos textos poéticos. “El lenguaje pertenece a la más cercana vecindad de la esencia humana”, escribe Heidegger.<sup>43</sup> Walter Benjamin, filósofo más poeta que ontólogo, también contemporáneo de Wittgenstein, coincide con ambos: “Toda expresión de la vida espiritual puede entenderse como una especie de lenguaje”. Por ende, el pensamiento consiste en lidiar con las fuerzas intrínsecas del lenguaje, que

---

<sup>38</sup> Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, proposiciones 3 y 4 (1988, pp. 19 y 32). Cf. Bouveresse 2003, pp. 61-94.

<sup>39</sup> Baudelaire (1857), “El sol”, en *Las flores del mal*.

<sup>40</sup> “Schriftliches Denken. Über den literarischen Charakter der Philosophie” (Figal 2014, p. 25). Cf. Gibson/Huemer 2004.

<sup>41</sup> “Philosophie dürfte man eigentlich nur dichten” (Wittgenstein 1988, p. 483).

<sup>42</sup> Blumenberg 1998, p. 10. Cf. Derrida, “La mythologie blanche. La métaphore dans le texte philosophique” (1972, pp. 247-324). “La metáfora es probablemente la potencia más fértil que el hombre posee” (Ortega y Gasset 1993, p. 74). Sobre la ‘metafísica’ de la metáfora, cf. Ricoeur 1975, pp. 356-374.

<sup>43</sup> “In jedem Falle gehört die Sprache in die nächste Nachbarschaft des Menschenwesens. Überall begegnet Sprache” (Heidegger 1997, p. 11).

se repiten en cada acto de expresión espiritual productivo: “Es fundamental saber que este ser espiritual se comunica *en el lenguaje* y no a través del lenguaje”.<sup>44</sup>

De esta manera, han surgido ramas, dentro de la filosofía del lenguaje, que buscan las *ventajas* cognitivas del procedimiento literario —en cuanto acto de habla o de escritura—, frente a la inflexibilidad y la intransigencia del discurso filosófico. Se han resaltado, por ejemplo, la plasticidad, la ejemplaridad, la subjetividad, la orientación hacia la práctica, el enfoque en la sensibilidad, el ánimo para temas espirituales, la proyección de situaciones alternativas, la presentación de voces diferentes, la función de testigo o de experimentación, la ampliación de los contextos sociales. Un texto literario presenta “casos posibles”, en vez de “casos reales”,<sup>45</sup> para criticar, mejorar o defender el mundo que existe. La seriedad cognitiva del procedimiento literario se relaciona con sistemas simbólicos que organizan la sostenibilidad de una “verdad ficcional”.<sup>46</sup> Uno de los centros de gravedad, dentro de estos sistemas simbólicos, se reconoce en el acto de la narración, concepto vilipendiado antes de la Modernidad por ser técnica del mito. No solo respecto a la desaparición de los primeros dioses, que se convierten en nombres, sino en relación con cualquier situación histórica, se puede preguntar: “¿qué queda de la *presencia* cuando desaparece?”. Queda lo que “se puede decir de ella”.<sup>47</sup> La primera diferencia del ser, inscrita por un devenir que provoca que su verdad ya no va a estar, se materializa en un decir, legible —eventualmente, si se efectúa la transmisión— a través de la escritura.

La narración literaria puede desempeñar un papel fundamental para comprender el tiempo humano, que es uno de los grandes problemas filosóficos. A diferencia del análisis conceptual de la filosofía, según el hermeneuta

---

<sup>44</sup> “Über Sprache überhaupt” (Benjamin 1991, t. 2, pp. 140 y 142). Las fuerzas propias del lenguaje, buscadas por Heidegger, Benjamin y todos los seguidores de una ‘filosofía no analítica de lenguaje’ (Ferrater 1970, pp. 9-28), pueden llevar la consideración filosófica a una ‘cura’ sicoanalítica, como en el caso de Roussel leído por Foucault: “Roussel estuvo enfermo en el lenguaje, de una enfermedad que es la del lenguaje mismo, enfermedad de la cual la literatura exhibe ejemplarmente las huellas” (Macherey 2003, p. 259).

<sup>45</sup> “The Propositional Theory of Literary Truth”, Lamarque/Olson 1994, pp. 321-338.

<sup>46</sup> Riffaterre 1990, p. 54.

<sup>47</sup> Nancy 2018, p. 25.

Paul Ricœur, solo la narración es capaz de “hacer tangible la dimensión del tiempo”, si no lo es de resolver o desviar casualmente el dilema mayor que resulta de las “aporías del tiempo”.<sup>48</sup> No hay relación definible entre el tiempo fenomenológico subjetivo, que cada uno vive hasta su muerte, y el tiempo cosmológico objetivo, que se entiende como entidad única, como si fuera un concepto colectivo, y que ya está ahí antes de que pensemos en él. La duración de un pensamiento que se mueve marca un límite del formalismo conceptual.

Frente a la aporía fundamental de toda demostración lógica, expresada por el ‘teorema de incompletitud’,<sup>49</sup> la literatura se ha mostrado entonces, a más tardar en el trascurso del siglo XIX al XX, como disciplina privilegiada para las investigaciones trascendentales, como la ‘búsqueda del tiempo perdido’. La novela del mismo nombre, por cierto, considerada por su autor como la puesta en práctica de una teoría novelística (*Contra Sainte-Beuve*), es leída por los hermeneutas como un tratado de filosofía literaria sobre “las ideas de la novela”,<sup>50</sup> y por los analíticos como “exposición sobre el problema de la memoria y la fenomenología de los tiempos acordados”.<sup>51</sup>

En consideración de todos estos ejemplos, demos por sentado que se puede postular la existencia de una “verdad de la literatura”,<sup>52</sup> de una “crítica de la razón literaria”<sup>53</sup> o de un “conocimiento específico del escritor”<sup>54</sup> o de la escritora y, por ende, de un pensamiento literario. El pensamiento puro, que produce conocimientos fiables por su “fidelidad a la verdad”,<sup>55</sup> es la noción más reclamada y defendida por la filosofía, aplicable al fundamento de las demás ciencias y prácticas discursivas. Sin embargo, desde las profundidades

---

<sup>48</sup> Ricœur 1984, t. 2, pp. 21-178.

<sup>49</sup> “Todo sistema formal suficientemente potente [...] es contradictorio o incompleto” (Gödel 1931, p. 173).

<sup>50</sup> Descombes 1987, p. 14.

<sup>51</sup> Lattre 1981, p. 18. Cf. Landy 2004, pp. 4-14.

<sup>52</sup> Barthes 1966, Riffaterre 1990, Lamarque/Olson 1994, Williams 2002. Cf. la fundación sistemática —onto-fenomenológica— de la posibilidad ‘genérica’ y ‘trascendental’ de una verdad del arte en Badiou 1992, pp. 91-154; Badiou 1999, pp. 259-292.

<sup>53</sup> González Maestro 2017.

<sup>54</sup> Nussbaum 1990; Bouveresse 2008.

<sup>55</sup> Badiou 1999, pp. 554-555.

ontológicas y analíticas de la filosofía del siglo xx, el pensamiento no solo se orienta, sino que también busca su fundamento en un lenguaje poético. Un ejemplo de importancia para este fenómeno es la ontología de Heidegger, orientada hacia la verdad del ser: “La esencia de la poesía consiste en el pensamiento”.<sup>56</sup> La elevación del pensamiento literario al nivel de un pensamiento serio —traducible en un discurso científico— tenía que efectuarse, y se efectuó, por la filosofía. El resultado de este movimiento, sin embargo, consiste en la novedad de un pensamiento poético, no filosófico, al origen (mítico) de todo pensamiento.

#### I.2. EL PENSAMIENTO PROPIO DE LA LITERATURA. ESBOZO DE UNA HISTORIA DE EMANCIPACIÓN

“Es necesario que también se encuentre alguna verdad, en el sentido filosófico del término, en los escritos literarios”.

Pierre Macherey, *¿En qué piensa la literatura?*

La famosa cuestión “¿qué es la literatura?”, planteada en 1948, en un área fronteriza entre la filosofía y la literatura, por el filósofo, dramaturgo y escritor francés Jean-Paul Sartre,<sup>57</sup> se ha tratado más en los departamentos de filosofía que en los de literatura. En la estela de la *teoría* francesa y norteamericana, se estableció la *filosofía de la literatura*. Esta subdisciplina de la filosofía, cuyo manifiesto es de Arthur Danto —“Philosophy as/and/of Literature”—,<sup>58</sup> se ramificó en escuelas diversas, desde la ontología lingüística hasta la semiótica cultural, que se ocupan del problema de que siempre persisten unos momen-

---

<sup>56</sup> “Demnach beruht das Wesen der Dichtung im Denken” (“Was heißt Denken?”, Heidegger 2004, p. 131). Cf. Heidegger 1958, pp. 17-18.

<sup>57</sup> Sartre 1948. Según Rancière, la sabiduría particular de Sartre hubiera consistido precisamente en “no contestar a la cuestión ‘qué es la literatura’” (1997, p. 5). Para Sartre era suficiente plantearla, para orientar el pensamiento de su escritura literaria, como describe en su autobiografía *Las palabras* (*Les mots*). La cuestión es retomada, entre otros, por Castagnino 1970, Orth 1981, Gibson 2007, González Maestro 2013.

<sup>58</sup> Danto 1985.

tos de contigüidad e interdependencia entre las maneras lógicas y las maneras poéticas de crear conceptos e interpretar sentidos.<sup>59</sup> Sin embargo, desde la perspectiva filosófica, persiste el presupuesto epistemológico de que el objeto de investigación es una obra literaria en el medio de la filosofía; se trata, así, de responder a la pregunta de qué pueden ‘aportar’ los textos literarios, en contraste o como complemento de otras fuentes históricas o científicas, al desarrollo de los conceptos filosóficos del pensamiento.

A partir de la década de 1980, aproximadamente, las ciencias de la literatura se dieron cuenta de que ganan mucho, para la consistencia teórica de sus propios discursos, si se exponen más asiduamente a la disputa con la filosofía, y particularmente con las disciplinas filosóficas que se dedican a los problemas del lenguaje. Partiendo de este fundamento, se han realizado investigaciones diversas, a partir de las ciencias literarias, sobre las relaciones interdisciplinarias con la filosofía.<sup>60</sup> Surgió la posibilidad conceptual de un pensamiento genérico más allá de las implicaciones sociales y el poder discursivo de las instituciones que producen la fiabilidad en los conocimientos literarios y deciden sobre la accesibilidad y legibilidad de un mundo presentado por una escritura literaria particular. Este pensamiento trata de no sujetar una obra literaria a un valor ideal —o una supuesta utilidad (dulce)— controlable por una ‘inquisición’ política o religiosa.

Un paso importante para competir con la filosofía en el pensamiento de lo literario —y de respetar más profundamente sus técnicas propias de entendimiento— es el objetivo de considerar la dialéctica entre la teoría y la

---

<sup>59</sup> Doy una lista exquisita, a mi entender, pero incompleta: Kuhns 1970, Bouveresse 1971, Cavell 1979, Hahn/Sandkühler 1982, Griffiths 1984, Danto 1986, Petersen 1986, Descombes 1987, Nussbaum 1990, Schildknecht 1990, Macherey (1990) 2003, Lledó 1991, Gabriel 1991, Nagl/Silverman 1994, Rickman 1996, Rancière 1997, Sabot 2002, Dauber 2003, Lazo Briones 2006, Rancière 2007, Bouveresse 2008, Vardoulakis 2010, Beuchot 2013, Figal 2014, Nancy 2018, Trzyna 2017, Verene 2018, Lledó 2018, Rudrum/Askin/Beckman 2019, Gilead 2019, George 2020, Mikkonen 2021.

<sup>60</sup> Castagnino 1980, Attridge 1988, Etiemble 1992, Strube 1993, Edmundson 1995, Compagnon 1998, Hamacher 1998, Guillén 1998, Brink/Sollte-Gresser 2004, Uhlig 2004, Duhamel/Gemert 2008, Eder/Jannidis/Schneider 2010, Steiner 2011, Kablitz 2013, González Maestro 2012, García Serrano 2014, Wergin/Schierbaum 2015, Pieper 2019, Allerkamp/Schmidt 2021, Santner 2022. La lista es incompleta, también.

práctica de la literatura. En esta dialéctica se basa la cuestión hermenéutica de la relación entre los procesos de escritura y lectura, en cuanto prácticas subjetivas generalizables que pueden fusionarse o hacerse indiscernibles. En el siglo XXI, desde nuestra confortable perspectiva, sentados como pájaros en los hombros del gigante siglo anterior, disponemos de toda la herramienta teórica necesaria para comprender, en toda su autonomía, el concepto de ‘literariedad’ (o ‘poeticidad’), en cuanto elemento impactante y diferenciable dentro de una comunicación lingüística (o semiológica) artística. Desde la posmodernidad, poseemos una concepción pragmática de que la significación es algo que puede ‘ocurrir’. Disponemos también de una experiencia de lectura diversificada y de un archivo importante de grandes textos literarios que dan ejemplos para formulaciones particulares, genéricas, que nos “dan a pensar”.<sup>61</sup>

El problema general de cualquier análisis de pensamiento literario, no obstante, consiste en su condición casuística. Cada obra desarrolla su pensamiento con los conceptos de su época, pero de un modo individual, implícito en muchos casos o inconsciente, que no se puede generalizar. Es, por cierto, la razón por la cual este libro va a contar su historia a partir de unos pocos casos ocasionales. No voy a pelear con la filosofía sobre el privilegio de ‘crear conceptos’,<sup>62</sup> sino tratar de resaltar unas maneras literarias de contestar a la cuestión filosófica sobre lo que es y puede ser la literatura. Por ende, este libro no tiene ninguna ambición teórica general, sino la de describir una orientación posible de la teoría literaria hacia las terminologías que surgen de las particularidades poéticas, estilísticas, narrativas (etc.) de textos literarios que reflejan su naturaleza, su esencia o su función discursiva, según los conceptos de pensamiento vigentes en sus respectivas épocas.

Frente al problema de la dispersión casuística, que sugiere una problemática trashistórica, la reacción adecuada es clarificar las condiciones hermenéuticas de cada lectura. Se puede especificar una situación literaria sin el re-

---

<sup>61</sup> Macherey 2013, p. 49. Por esta razón, para establecer que un procedimiento artístico consiste en un ‘acontecimiento de verdad artística’, tiene sentido considerar el pensamiento literario de obras reconocidas. No sirve delinear el pensamiento de un texto insignificante. La constatación vale también para el campo de la filosofía. Sobre la implicación ontológica del término ‘genérico’, cf. Badiou 1999, pp. 565-566.

<sup>62</sup> Cf. Deleuze/Guattari 1991, pp. 21-37; Trías 2009.

quisito previo de una condición teórica, y emprender el diálogo con un texto prescindiendo de cualquier materia o entidad abstracta extratextual que no sea la vida humana o la realidad en cuanto instancia metaliteraria en general. La carencia de necesidad de explicación externa es una particularidad del discurso literario. Al mismo tiempo, determina el límite y el compromiso activo de la situación hermenéutica.<sup>63</sup>

Desde el siglo xx, disponemos también de unos textos literarios que han explicitado su pensamiento, de manera sistemática, en contra de la filosofía. Considerando los siete tomos de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, por ejemplo, proclamamos que la comunicación metaliteraria, a partir de la literatura, puede ser una comunicación ‘suficiente’. Hay múltiples modos en que se manifiestan los resultados y el funcionamiento de un pensamiento literario; pueden ser niveles lingüísticos, tipos de comunicación, grados de imaginación, lógicas del mundo —social y antropológica— y también, dependiendo del conocimiento de una tradición artística y de la sensibilidad para los juegos del lenguaje disponibles en un cierto contexto cultural, recuperaciones trascendentales del tiempo vivido. Todos estos niveles, tipos, grados y lógicas se encuentran en la novela de Proust, que es una ‘búsqueda’ en el sentido de una investigación, comparable a la de Heidegger en *Ser y tiempo*.

La *Recherche* abre un “espacio literario”<sup>64</sup> propio que no necesita, en absoluto, ningún elemento externo que provenga de las bibliotecas de explicaciones proustianas —que existen en extensión borgiana—, para dar cuenta, ni de la misma investigación, ni de la exposición metaliteraria, a partir de la teoría negativa ‘contra Sainte-Beuve’, ni de la implementación en una concepción artística general relacionada con las demás artes, como la pintura o la música. Por esta razón, el pensamiento literario de Proust influyó no solo en un movimiento de ‘compromiso’ (*engagement*), dentro de la filosofía existencialista, por ejemplo, consciente de su veracidad social, sino también en el *credo* del escritor moderno: “El compromiso, para el escritor, significa ser plenamente

---

<sup>63</sup> La “diferencia poetológica” (Gerigk 2016, p. 32) consiste en la independencia del sentido de un texto particular, que anima la conciencia del lector. Se efectúa mientras que el proceso de la lectura no se interrumpe.

<sup>64</sup> Blanchot 1988.

consciente de los problemas actuales de su propia lengua, estar convencido de su extrema importancia y decidido a resolverlos desde dentro”.<sup>65</sup>

Como consecuencia de la particularidad *acontecimental* de las obras, no se puede recurrir a un lenguaje formal para delinear un pensamiento literario general. La especificidad de un texto literario depende incondicionalmente de su propia constitución lingüística, que determina, según las épocas históricas, el vocabulario de una lectura. Es una razón profunda para la dificultad —conceptual y material— de un discurso ‘crítico’, que debe mantenerse en el nivel de pensamiento de una obra de arte, en el trabajo de buscar unos principios. También explica el hecho de que todavía falten investigaciones con respecto a las relaciones epistemológicas entre la literatura y la filosofía, particularmente en las letras hispánicas y la teoría de literatura en lengua española, más anclada en la tradición ensayística y por ende más cuidadosa de mezclarse con las disciplinas académicas de la filosofía que sus hermanas de lengua francesa, inglesa o alemana.<sup>66</sup>

La falta de un lenguaje específico para explicar —o solo constatar la existencia— de un pensamiento literario, que no se da a entender ni a sentir sino en cuanto práctica artística, es la gran dificultad para cualquier tipo de discurso que se posiciona en un lugar para decir algo ‘sobre’ un texto literario. Una teoría literaria que pretenda ser generalizable tiene que formarse en una posición “después del fin de la teoría”.<sup>67</sup> No obstante, ya se trate en forma de ensayo, crítica, análisis o interpretación, la cuestión del lenguaje —en cuanto medio y objeto del pensamiento— siempre presenta un punto de contacto o de discordia con la disciplina de la filosofía, que desde los orígenes se reserva el privilegio de disponer del lenguaje más exacto para todo pensamiento y, en particular, del supuesto fundamento ontológico —la cuestión del ‘ser’, la pregunta ‘¿qué es?’— para la posibilidad misma de todo cuestionamiento autorreflexivo. Sin la filosofía, que nos transmitió el lenguaje de las ciencias, no podemos leer la literatura, ni siquiera la que se ha transmitido antes de la

---

<sup>65</sup> Robbe-Grillet 1963, p. 39.

<sup>66</sup> Cf. Kamecke 2015, pp. 70-85. Sobre la particularidad del pensamiento teórico en lengua española, cf. Garrido Gallardo 2009; con un enfoque en el español latinoamericano, cf. Krumpel 2006.

<sup>67</sup> Eagleton 2003, Biyogo 2008, Attridge/Elliott 2011, Geisenhanslüke 2015.

aparición de la filosofía. Por esta razón, dedico el primer capítulo a la conflictiva historia de los conceptos filosóficos que fundamentan, hasta hoy, las diferentes maneras de analizar un pensamiento literario.

La diferencia que se establece entre un acto de habla literario visto desde una perspectiva filosófica y un acto de habla literario visto desde una perspectiva literaria es una construcción moderna. En la cultura europea antigua y medieval, la filosofía y la literatura, que se denominaba *poesía*, se consideraban hermanas —peleonas, pero soberanas— que provenían de las nupcias del dios Mercurio con la terrenal Filología, unión que simbolizaba la divinización de la erudición humana, como escribe Marciano Capella en su didáctico y enciclopédico libro sobre las artes liberales en el siglo v.<sup>68</sup> Mientras que la diferenciación entre un lenguaje poético y no poético fue determinado durante toda la Antigüedad y la Edad Media por la mera distinción técnica entre verso y prosa, solo a partir de la Edad Moderna la cuestión se plantea según una diferenciación conceptual más profunda entre ficción imaginaria, mundo poético y realidad histórica. Sin embargo, la inexistencia de un lenguaje teórico sofisticado no impide, como demuestra el *Cantar de Roldán* en plena Edad Media, que se presenten formas literarias de un pensamiento tan sofisticado que se necesita toda el andamiaje de la teoría del siglo xx solo para acercarse a una posición hermenéutica conveniente.

La cuestión de la esencia, la naturaleza, el ser, el ente, la *haecceitas* etc. de la práctica literaria, en cuanto parte del conjunto de las prácticas humanas, siempre fue planteada por la filosofía, desde que Platón y Aristóteles la trataron bajo el término de *poíesis* o ‘técnica creativa del lenguaje’. En el Renacimiento, casi todos los autores que se encuentran en la interfaz disciplinar entre la filosofía y la literatura —y entienden el lenguaje poético, según el modelo de la Antigüedad tardía, como una técnica que se puede aprender— se remiten todavía a estos dos autores. Con la institucionalización académica de las disciplinas y asignaturas universitarias a finales del siglo xviii y principios del xix, los filólogos dejaron a los viejos filósofos y se orientaron hacia los nuevos: Descartes, Hume y Kant. Sin embargo, antes del siglo xx, nunca cambió el hábito, aun con la posibilidad de “distinguir entre ciencia literaria

---

<sup>68</sup> Marciano Capella (ca. 450): *De nuptiis Philologiae et Mercurii*. Cf. Curtius 1988, pp. 64-65.

y filosofía literaria”,<sup>69</sup> de trasladar las características científicas de la escritura literaria a cuestiones genuinamente filosóficas.

Esta constatación vale todavía en la época actual, aunque hemos aprendido, a través de la revolución analítica, que un gran error de cualquier pensamiento consiste en el intento de *sujetar* las palabras, aunque sean oraciones como ‘¿qué significa...?’ o ‘¿qué es...?’, a una idea. La poesía, por el contrario, deja espacio a la ambigüedad de las palabras —y la posibilidad de mundos en que signifiquen— y trata así de comprenderlas ‘en el lenguaje’.<sup>70</sup> Por esta razón, el filósofo Heidegger advierte:

El lenguaje en sí mismo no se puede comprender de forma lógica, una idea a la que nos estamos acercando lentamente. Por esta razón, debemos liberar las categorías del lenguaje de la versión lógica que ha prevalecido desde la época de los alejandrinos, prefigurada por Platón y Aristóteles.<sup>71</sup>

El lenguaje de la filosofía, particularmente el de la ‘primera filosofía’ —la metafísica, la ontología, la epistemología—, nunca ha dejado de anudarse a sus orígenes griegos. Por esta razón, el análisis empieza con la ‘vieja desavenencia’ entre la filosofía y la literatura (*poesía*), que plantea Platón en la *República*. Con el objetivo de describir la continuidad entre ciertas constelaciones hermenéuticas, presentadas por unos casos de filosofía y otros de literatura, las investigaciones siguientes tratan de resaltar las condiciones de posibilidad particulares de cada época para pensar la *praxis* de la *poiesis* en relación con su teoría. Esto implica una observación sobre el origen científico de la propia filosofía que, hasta la materialidad del canon filosófico, se debe, en diferentes etapas, al trabajo de la filología antigua, medieval y moderna.<sup>72</sup>

Después de un largo proceso de ‘cristianización’<sup>73</sup> de los conceptos griegos del mundo y la terminología filosófica-científica de Platón y Aristóteles,

---

<sup>69</sup> Kittler 2013, p. 17.

<sup>70</sup> “Über Sprache überhaupt”, Benjamin 1991, t. 2, p. 142.

<sup>71</sup> “Aristoteles, *Metaphysik* 9, 1-3. Vom Wesen und Wirklichkeit der Kraft”, Heidegger 1990, p. 39.

<sup>72</sup> No hay un texto de Platón ni de Aristóteles, legible para la filosofía moderna, que no haya sido elaborado, materialmente, por el trabajo de la filología clásica.

<sup>73</sup> Curtius 1988, pp. 215-217.

durante la Antigüedad tardía, la idea de *definir* la diferencia entre filosofía y poesía se perdió en las escuelas escolásticas de la Edad Media y de la primera Edad Moderna.<sup>74</sup> En la Modernidad, cuando la cuestión epistemológica se vuelve palpitable, el panorama permite resaltar unos cambios de paradigma: la formación y emancipación de la literatura como discurso independiente y soberano que crea sus propios mundos en el Siglo de Oro; el idealismo ético-estético y la confrontación dialéctica entre literatura y filosofía como formas principalmente concebibles de expresar ideas a través del lenguaje durante la Ilustración; la separación académica de las disciplinas en materias filosóficas y filológicas y los intentos de fusionar las prácticas de escritura literario-filosóficas autorreflexivas —tanto en el campo de la filosofía (Nietzsche y Heidegger) como en el de la poesía (Stéphane Mallarmé) y la prosa literaria (Marcel Proust)—, en el trascurso del siglo XIX al XX.

Ya en el siglo XX, cuando la ‘teoría literaria’ se convierte en la tercera fuerza que participa en la desavenencia entre la filosofía y la literatura, el paso epistemológico hacia la autorreflexión metódica va aparejado con un ‘giro lingüístico’,<sup>75</sup> que confronta las filologías tradicionales. Al mismo tiempo, se perfilan unas formas de autorreflexión literaria —en los textos de Borges, Blanchot o María Zambrano, por ejemplo— que confrontan las teorías literarias basadas en las ciencias positivas, la filosofía y la historiografía. En consecuencia, surgieron nuevas exigencias a la metodología de los estudios literarios. El reto ya no consiste solamente en determinar el objeto —¿qué es la literatura?— sino, también, en reflexionar sobre el medio de su práctica: ¿de qué manera la teoría literaria contribuye a la determinación del objeto y cómo se distingue en esto de la filosofía de la literatura?

El desafío de la literatura pronunciado por la ontología idealista consiste en la afirmación de que la verdad pura existe independientemente de su forma lingüística. Según Platón, los poetas dicen ‘mentiras’, porque buscan expresiones diferentes para los hechos y, de esta manera, se alejan de la esen-

---

<sup>74</sup> Para un polímata renacentista como Erasmo, que manejaba una gran variedad de materias y disciplinas es evidente, en el momento mismo de escribir un texto, a qué género dicho texto se refiera (cf. Yorán 2014, pp. 31-35). Antes de Cervantes, no hay género literario que se defina por la desconstrucción sistemática de los demás géneros.

<sup>75</sup> Rorty 1967.

cia del ser. A esto, los poetas y escritores de todas las edades responden que la verdad sobre lo que hay —o puede haber— se expresa a través de las palabras y, por tanto, está conformada por ellas. La poesía, o sea, un cierto estado versificado del griego jónico, puede reclamar su prioridad histórica frente a la filosofía. La disputa que se inició en el siglo IV a.C. conduce a los inicios de la memoria cultural, las obras épicas de Homero, que, como primeras manifestaciones del pensamiento griego, son el punto de partida tanto de la literatura europea y sus legislaciones clásicas y modernas como de la historia de la civilización occidental.<sup>76</sup>

La opinión negativa de Platón sobre la poesía es ambivalente y controvertida, como veremos en el capítulo sobre el *Crátilo*. No obstante, Platón consiguió trazar una línea divisoria normativa entre el arte de la poesía y la filosofía. Las diferencias ontológicas y epistemológicas afirmadas por esta demarcación conciernen al único concepto que puede concebirse de forma coherente para comparar formas de enunciados hablados o escritos, a saber, el concepto de verdad (*aletheia*). La verdad, desde aquel entonces el concepto fundamental y *telos* de la filosofía,<sup>77</sup> es y sigue siendo reconocida relevante para el mundo y la realidad, a pesar de todas las disputas sobre el esencialismo o el idealismo del concepto, que reclama un criterio de valor para la congruencia entre una afirmación y una idea.

El concepto de verdad sigue vigente no solo para los discursos de la ciencia, sino también para las obras de arte y de la literatura, ya que ambos, según una formulación de la ontología moderna, pueden ser “procedimientos de fidelidad genérica” o estar vinculados a “acontecimientos de la verdad”.<sup>78</sup> En el transcurso de las épocas, la literatura se justificará repetidamente ante la filosofía, así como en tiempos más recientes ante los estudios literarios, con

---

<sup>76</sup> De hecho, la filosofía nunca ha probado su soberanía epistemológica sobre ‘lo que es’ o ha pasado. Cuanto más atrás en el tiempo se sitúan los acontecimientos que constituyen el germen de nuestra cultura, menos clara se perfila la frontera entre los hechos acaecidos —en la guerra de Troya, por ejemplo—, es decir las *res factae*, y las narraciones que existen sobre los acontecimientos: las *res fictae*.

<sup>77</sup> “Without Plato’s version of truth, the discipline of ‘philosophy’ might never have come to regard itself as a distinct form of inquiry at all, or have built a sustained identity around specific criteria, methods of argument, and standards of validity” (Cascardi 2014, p. 11).

<sup>78</sup> Badiou 1999, p. 557; Badiou 2006, pp. 649-650.

este argumento de expresar su propia forma, no filosófica o científica, de la verdad. La verdad subjetiva de una obra literaria, según la autoconcepción moderna, se basa menos en las reglas de su constitución técnico-material, como se pensó durante siglos, según el objetivo ético de la compatibilidad entre la razón y el lenguaje, que en la posibilidad de pensar que, como se descubrió durante la Ilustración, la literatura crea sus propias normas.

En este contexto, René Descartes desempeña un papel destacado como gran figura de la Modernidad naciente, punto de partida del clasicismo francés y precursor del Siglo de las Luces. Como fundador del racionalismo filosófico, Descartes es una referencia central no solamente para la filosofía literaria ilustrada y el esteticismo, sino también para la formación científica de los estudios literarios modernos. Por su manera de exposición simultáneamente subjetiva y sistemática de los pensamientos a través del lenguaje, Descartes representa una condición epistemológica tanto para un método sistemático de adquisición de conocimientos como para la posibilidad de una teoría literaria metódica que busca su consistencia —y crea su forma— a partir de las autorreflexiones de la práctica artística.

Una de las pocas conclusiones fuertes que podemos sacar de la comparación entre las épocas y los géneros de escritura consiste en la constatación diacrónica de que el pensamiento de la praxis literaria siempre ha existido, sin que haya necesitado a la filosofía para comprobar su condición de posibilidad. Los grandes textos literarios (poéticos, dramáticos) siempre han podido precisar —o describir en su propia manera— su contribución intelectual a las cuestiones importantes de sus épocas. Esta constatación vale también para los períodos que, supuestamente, carecen de grandes movimientos filosóficos —aplicables a cuestiones de lingüística artística— o están frenados por unas ideologías fuertes, como la larga Edad Media, encerrada en sus sofisticaciones cristiano-aristotélicas poco conectables con los tiempos posteriores.

Por esta razón me parece importante insertar un capítulo sobre esta época que, a partir del Renacimiento, siempre ha sido infravalorada y subestimada, antes de su 'redescubrimiento' en el siglo XIX. Aunque parece carecer de conceptualización explícita sobre razones de poética o estética, la Edad Media posee herramientas para conceptualizar su pensamiento a través de la práctica literaria. El género literario mayor de la época es la *epopeya*, un género completo que implementa, en la mejor tradición de Homero, transmitido

por Virgilio, la musicalidad de la poesía a una narración de larga extensión sobre problemas fundamentales de religión, filosofía y política. Al menos, tal es el caso del *Cantar de Roldán* francés, que narra una historia original sobre el nacimiento de la literatura —desde el espíritu ‘falsificador’ de la historiografía— y presenta un pensamiento crítico y reflexivo, con importantes repercusiones para el entendimiento de la sociedad medieval europea, y sobre la transformación de una desdichada campaña militar del emperador Carlomagno en una leyenda cristiana.

El origen de la relación y comparabilidad de la literatura y la filosofía procede del espíritu de la verdad. Su concepto, la *aletheia*, cuya acuñación metafórica es traducida por Heidegger como ‘*Unverborgenheit*’<sup>79</sup> (*desocultamiento*), no pertenece exclusivamente a la filosofía, como le gusta afirmar a la tradición positivista. Mientras que la disciplina filosófica trata de distinguirse como la actividad pensante más cercana al fundamento teórico de la verdad, la literatura, recurriendo al origen del discernimiento, responde mediante su propio modo de determinar la materia del concepto a través de la práctica de la puesta en lenguaje. Por esto, el pensamiento literario siempre continúa, mientras que el filosófico trata de llegar al término.

---

<sup>79</sup> Heidegger 1967, p. 21.